

Señora
ESPERANZA NAVARRO PANTAC
Comentarista

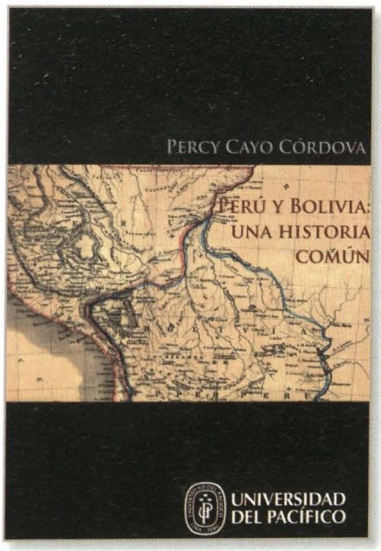
Cayo Córdova, Percy

Perú y Bolivia: una historia común

Tomo XI, v. 4

Lima, Universidad del Pacífico, 2010.

266 pp.



La Universidad del Pacífico publica esta obra póstuma de Percy Cayo, constituida por los artículos que escribió sobre las siempre complejas y a veces espinosas relaciones entre Perú y Bolivia, dos países hermanados por un origen común, que a lo largo de los años republicanos han compartido vicisitudes y tragedias. Los ensayos fueron recopilados por Pedro Guibovich.

Percy Cayo mantuvo siempre un permanente interés en esas relaciones con el vecino hermano. El Alto Perú le llamó la atención de historiador y fue profundizando sus estudios acerca de la marcha paralela de las dos repúblicas, desde su fundación por voluntad de Bolívar y mano ejecutora de Sucre. Estableció contacto con los historiadores bolivianos, la que se mantuvo a lo largo del tiempo y que hicieron de él un caro amigo, puente del país del altiplano; no olvidemos que fue miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia de Bolivia. Empero, esta cercanía amical no fue óbice para juzgar con objetividad y muchas veces con crítica la posición del otro. Como en el caso del Tratado de 1873, origen y pretexto de la guerra entre Chile, Perú y Bolivia. Al respecto, el libro presenta dos trabajos fundamentales: "El tratado peruano-boliviano de 1873", estudio publicado en la *Historia Marítima del Perú*. Tomo IX,

"El autor no deja de mencionar que en vísperas de la firma de la alianza, Chile había procurado arrastrar a Bolivia a hacer alianza común para arrebatar a Perú sus territorios del sur".

vol. 1. *La República de 1870 a 1876* (1993); y el artículo "Algunas reflexiones acerca del tratado peruano-boliviano de 1873". Chile, para justificar la declaratoria de guerra al Perú, en represalia por la alianza defensiva que consideraba ofensiva al tercer país vecino, acusaba a Perú de haber buscado y propiciado el tratado; dice Cayo que a pesar del abundamiento de pruebas del origen de la alianza, los historiadores chilenos presentan a Bolivia como víctima de las malas artes de los gobernantes peruanos, cuando era evidente el avance chileno a lo largo del litoral boliviano, lo que debió despertar la inquietud de algunos lúcidos políticos bolivianos. Esa era la razón poderosa por la que Bolivia solicitaba el tratado. Aunque también expresa que la voluntad en Lima estaba a favor de la alianza, cita a Modesto Basadre, diputado por Tacna, quien refiere que en el encarnizado debate para aprobar el tratado, solo unos cuantos se opusieron, aunque de nada valieron sus argumentos, pues el presidente quería la alianza (Pardo). Por todos los votos, menos nueve, se aprobó el funesto tratado.

El autor no deja de mencionar que en vísperas de la firma de la alianza, Chile había procurado arrastrar a Bolivia a hacer alianza común para arrebatar a Perú sus territorios del sur. El litoral desde Moquegua hasta Camarones pasaría a poder de Bolivia, quien cedería a Chile los territorios situados al sur de la quebrada de Camarones. Cayo le hace justicia a Bolivia reconociendo que procedió con lealtad al no aceptar la desdichada oferta.

La parte primera de la obra examina los orígenes de la República de Bolivia, que a los ojos contemporáneos aparece como un cercenamiento de nuestro territorio del Alto Perú que le achacamos al Libertador; sin embargo, nos recuerda que desde al creación del Virreinato del Río de la Plata, durante la administración de Manuel de Guirior, virrey del Perú, ya se había separado el territorio de la jurisdicción de la Audiencia de Charcas. Por otra parte, los altoperuanos abrigaban un legítimo deseo de autonomía. Sucre convocó la Asamblea Constituyente de Chuquisaca, que se reunió en julio de 1825. Las tres posibilidades a discutirse eran: la unión con la República Argentina, la unión al Bajo Perú y la erección en Estado soberano. La votación fue casi unánime a favor de constituirse en un Estado independiente. Bolivia nació desde las raíces del Perú, pero

como reconoce Cayo, los ancestrales vínculos desaparecieron; era una realidad vital, fruto de siglos de convivencia, en la que los sucesos posteriores contribuyeron a encrespar las pasiones. Un tema recurrente desde los lejanos días del nacimiento de la nueva República sería el anhelo boliviano por el puerto —entonces peruano— de Arica; Cobija no llenaba sus aspiraciones. No lo menciona Cayo, pero Bolívar desoyó el discreto reclamo de los altoperuanos. Aún ahora Bolivia pide infructuosamente su salida al mar por Arica.

En la tercera parte de la obra, el autor se refiere a los nexos entre ambos pueblos, como son los héroes comunes: Andrés de Santa Cruz, Eduardo Avaroa (el héroe de Calama, 1879) y Miguel Grau.

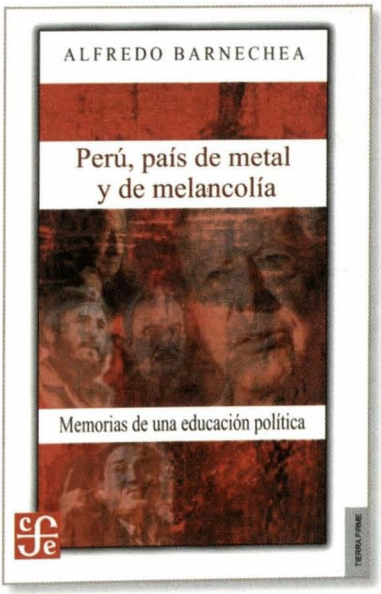
La cuarta parte ofrece la sustanciosa bibliografía que manejó Percy Cayo, excelente referencia para el estudioso que desee adentrarse en los recovecos de esta relación de dos pueblos llamados a mantenerse ligados en sus destinos.

Barnechea, Alfredo

Perú, país de metal y de melancolía: memorias de una educación política

Lima, Fondo de Cultura Económica, 2011.

319 pp., fotos



Alfredo Barnechea, político, escritor, periodista, entrevistador y sagaz analista político, sorprende con este libro que desde su apertura, con los versos epónimos de García Lorca, se desliza con fina y sutil pluma a lo largo del último medio siglo, no ya solo del Perú sino de Latinoamérica. Un testimonio de primera mano con un testigo de excepción, nos lleva al secreto mundo de los personajes que titilaron en nuestro universo, nos encandilaron o apasionaron —para bien o para mal— y aparecen ahora como por arte de magia, como si asistiéramos a un programa extraordinario de entrevistas en el que vemos de cerca y oímos de primera mano a las figuras legendarias del poder —poder intelectual, poder carismático y, claro, poder político—.

"Dicen que lo más sabroso se guarda para más tarde; sin embargo, apenas en las primeras treinta páginas nos depara un bocato di cardenale: su ´Tres días con Fidel´, a solas, en conversación privada y con ribetes de intimidad, Barnechea le espeta a quemarropa la pregunta que todos se hacen, refiriéndose al mítico Camilo Cienfuegos".

No se trata de una autobiografía; el título ya lo dice: son memorias, que el autor estructura para configurar el derrotero de su formación política. El autor quiso que el eje de la obra fuera Mario Vargas Llosa —a quien conoce desde el año 1971—, el escritor emblemático peruano, cuya obra interpreta reiterativamente al Perú país, como dice Barnechea, aun cuando trata de temas ajenos, como La guerra del fin del mundo o La fiesta del chivo. Sin embargo, la obra trasciende al personaje, y el recorrido por todos los hitos de nuestro imaginario con los personajes señeros, a estas alturas legendarios. Es un retrato de ese que fue nuestro mundo, cuyo meollo ubicamos en los sesenta-setenta, los hippies, los Beatles, los desplantes de Jean Paul Sartre, Fidel, Nikita, Belaúnde, Hugo Blanco, los universitarios limeños frente a Nixon, Elena Távara.

Dicen que lo más sabroso se guarda para más tarde; sin embargo, apenas en las primeras treinta páginas nos depara un bocato di cardenale: su "Tres días con Fidel", a solas, en conversación privada y con ribetes de intimidad, Barnechea le espeta a quemarropa la pregunta que todos se hacen, refiriéndose al mítico Camilo Cienfuegos: "Dicen que lo mataste". Dice que Fidel en su círculo más íntimo era un sultán, y concluye: "La naturaleza profunda del régimen castrista ha sido, en efecto, la de un sultanato".

Le dedica un capítulo íntegro a Haya de la Torre. El retrato que de él hace es extraordinario, con agudas observaciones que iluminan la personalidad y trayectoria de Haya: "Era un emperador pagano, misterioso y complejo, cuya vida no tenía un centro compacto, un eje diamantino, sino que se eludía en múltiples facetas diversas, y en esa ausencia de centro quizá debamos encontrar una de las razones de que jamás capturara el poder del todo". Indiscutiblemente, Barnechea interpreta al personaje desde el cristal de un hombre para quien el fundador aprista es parte de la historia, de una historia de la cual él

ya conoce el final y el peso real de la influencia del líder sobre un país y varias generaciones de hombre. Ese hombre era historia.

El capítulo referido a la campaña presidencial de Mario Vargas Llosa es una nueva versión, otra faceta para contrastar con El pez en el agua, no necesariamente diferente, pero sí la historia vista desde otros ángulos inteligentes y perspicaces, que nos lleva a preguntarnos otra vez por qué no quisimos a Vargas Llosa de presidente.

Pérez de Cuellar es el otro personaje que gravita tácitamente. No lo dice el autor, pero se adivina que es el maestro. Aparece aquí y allá como una pincelada, con ternura, con respeto, finalmente, mostrándonos una arista desconocida del personaje que enriquece nuestra percepción personal. Lo encontramos, por fin, en el último capítulo, cuando cuenta los entretelones de su gestión en la ONU y las confidencias de la campaña presidencial. Naturalmente desemboca en la gran pregunta: ¿por qué se dio el fenómeno Fujimori?

A través de las memorias de Barnechea transcurre medio siglo de vida del Perú, en comparsa con el universo latinoamericano, a su vez engastado en un mundo que en ese periodo sobrellevó los cambios más radicales e inusitados que el hombre pudo concebir al entrar al siglo XIX. Una obra lúcida, amena, entrañable.